

poca y que el agua, por su cantidad, no compensaria los gastos que en tal obra tienen que erogarse. Entre los ancianos de Atzacapozalco se conserva otra tradicion, además de la que se refiere á la Malintzin: se asegura, reservadamente, con cierto aire de cautela, que en la alberca de Zancopinca están los tesoros de Cuauhtemotzin, sin menoscabo, y esperan todavía los indígenas del antiguo reino tepaneca, poder extraerlos alguna vez.

*El Paseo de los Ahuehuetes.*

Después de atravesar la plaza y siguiendo por las tortuosas calles que se prolongan al occidente, entre hileras de árboles, se llega al grupo sombrío de gigantescos ahuehuetes, que en magestuoso aislamiento sobresalen entre todo lo que les rodea; formando como un árbol colosal que se distingue á larga distancia. Las dimensiones del grupo van ensanchándose, á medida que mas se avanza, y al llegar frente á una glorieta, cerca de la cual corre un arroyuelo, se perciben algunas casitas pintorescas que parecen pigmeos junto á los enormes sabinos, cuyas ramas siempre vestidas de verde follage, se entrelazan, estrechan, como si fueran los brazos de algunos seres que en un naufragio se prestan recíproco auxilio. Debajo de aquella bóveda de verdura hay asientos formados sobre las mismas raices de los ahuehuetes y allí, cómodamente reclinado el visitante, admira tantas maravillas del reino vegetal; hácia el Oriente se presenta un panorama bellissimo en que el alma se extasia con la vista de los volcanes y el indescriptible Valle de México. En el Invierno subsiste el lujo del follage, porque el ahuehuate no deja unas hojas hasta que se ha engalanado con las nuevas; resiste el helado viento del Norte y tan solo se diferencia entónces, por algunas hojas amarillas que lo cubren y porque ya no se oye el dulce trino de las aves que en la estacion calurosa anidan en su anchuroso ramage.

Aquella armonía delicada, aquel apacible silencio en que apenas se escuchan los quejidos del aire al cruzar por las ramas, sumerge al alma en éxtasis divino, como el recuerdo de la infancia, como la poesía clásica de los antiguos tiempos. ¡Cuántos acontecimientos han presenciado aquellos árboles! ¡Esos sabinos fueron plantados cuando los reyes de Atzacapozalco tenían bajo su férreo yugo, en calidad de esclavos á los mexicanos? ¡Bajo aquellas sombras alimentaron los reyes de Atzacapozalco sus proyectos de ambicion y sus sueños de gloria? Lo que se sabe es que esos árboles son antiquísimos, que se les considera y califica como encantados y que ántes, al pié de ellos brotaba un manantial de cuya agua nadie queria tomar, aunque tuviera mucha sed, considerándola mortal; por eso fué cegado dicho manantial, con beneplácito de los indígenas, habiendo hecho para ello una solemne funcion y aun hubo allí, debajo de los ahuehuetes, una capilla de tablas.

La vasta llanura, cubierta de haciendas que blanquean al lado del verde folla-

ge de los fresnos; los campos de trigo donde al soplo del aire cambian los matices y las capillitas de los barrios; que se levantan magestuosas al lado de las casitas de los indígenas, recrean la vista y producen mil consideraciones sobre la trasformacion á que la Providencia somete todo lo que nos rodea y muestran cuán insondables é incomprensibles son los destinos de la humanidad; los reyes tepanecas que impusieron su voluntad á los pueblos del Valle, están confundidos en el polvo; ¿dónde se halla el tirano que persiguió al errante Netzahualcoyotl? ¿dónde están los mil satélites del monarca ambicioso? Del perseguido han quedado cantos inmortales, del tirano perseguidor una triste memoria tan solo registran los anales de la humanidad; todos se han hundido en la tumba, permaneciendo en pié sobre tanto desastre, los indestructibles sabinos de Atzacozalco.

Las vías férreas urbanas han cambiado completamente el aspecto de ese célebre pueblo, al que aun le queda la fama de abrigar malhechores; en sus fértiles callejuelas suelen encontrarse todavía las cruces que señalan la comision de asesinatos; se refieren historias lúgubres; pero ya ha desaparecido el aspecto disgustante que le daban principalmente los mesones, donde los comerciantes que venian del Interior y muchos malhechores encontraban á poco precio abrigo y lecho. Los mesones de Atzacozalco eran por el estilo de los que todavía se ven en Tlalnepantla, Cuautitlan y demás poblaciones que están sobre el camino carretero del Interior; un patio cuadrado de fácil acceso, con los cuartos numerados que se destinaban á los viajeros; generalmente el *huésped* estaba ocupado en el despacho de pasturas ó en el arreglo de las caballerizas, por lo que, no encontrándolo, el *pasajero* escogia el cuarto que mejor le parecia, pues todos tenian mueblaje semejante: una mesa de madera blanca y un banco para cama, valiendo aquel alojamiento un real diario; el viajero se ocupaba de cuidar su cabalgadura y él encontraba barata alimentacion en la fonda que siempre estaba junto al meson ó posada que hoy ha desaparecido al impulso trasformador de los ferrocarriles.

En las poblaciones de los alrededores de México, aun quedan indelebles las costumbres mexicanas que tienen un fondo de gravedad española y cierta tendencia á un excesivo refinamiento. Allí no hay grande pasion por los placeres de la mesa, se come sencillamente lo que agrada y es lo que da la tierra, aunque se usa obsequiar con refrescos, dulce, chocolate, bizcochos y vino á los amigos de las familias regularmente acomodadas, pues los indígenas que en su generalidad ocupan las poblaciones como Atzacozalco, no se encargan de otros obsequios que los suyos, muy corrientes. Ahí, en el campo, no se usa anunciarse por medio de criados y aun se acostumbra que las damas solamente mantengan conversacion con sus compañeras en reuniones de ambos sexos, uso que con el frecuente trato que las vías férreas proporcionan, vá cambiando. Las visitas se hacen rara vez y sin el carác-

ter ceremonioso de la capital y solamente hay union y entusiastas tertulias cuando se trata de las festividades. El trato varia si se habla de Tacubaya ó San Angel; pero no es la diferencia de naturaleza tal, que se le pueda considerar completamente diversa.

Los matrimonios constituyen las grandes fiestas, se guardan mil formalidades y entónces la diversion se generaliza; tambien son celebrados los bautismos, y se avisa á los conocidos que ya tienen un nuevo servidor: cuando los amigos se enferman es indispensable la visita aunque sea sin tomar asiento.

Hay baile y *comida* en los cumpleaños; los parientes y amigos se reunen alrededor de la mesa en que figuran el arroz seco y el mole de guajolote, el pulque, el catalán y la cerveza; muchas veces celebran la fiesta bajo los seculares ahuehuetes, que forman uno de los paseos; el concurso es generalmente muy numeroso. Las leyes de etiqueta no son muy rígidas, lo que á veces trae grandes ventajas porque evita muchos compromisos sociales, sin que se llegue á faltar al respeto y consideraciones recíprocas.

En el pueblo de Atzacozalco, como en los demás en que imperan las costumbres de los indígenas, quedan todavía restos de las ceremonias en los casamientos. Cuando los padres querian casar á su hijo llamaban á los astrólogos y mostrándoles el signo del dia en que habian nacido los futuros esposos, les pedian dijieran si confrontaban para la union; en caso afirmativo, iban ciertas viejas llamadas *cihuatlantque*, esto es, solicitantes de mugeres, y llevaban á la elegida un regalo á media noche; la primera vez lo rehusaba, costumbre que ha quedado establecida entre los indígenas; pero al volver con otro presente y con el razonamiento por parte del novio, era aceptado interviniendo los padres de la novia y quedaba concertado el dia de la boda con otras matronas que se encargaban de todo; conducia al novio á la casa de su prometida, un sacerdote, el dia fijado, acompañándole los parientes; la novia salia con un brasero y perfumes, incensaba á los que llegaban y el novio á los parientes de la novia; preguntadós los contrayentes acerca del consentimiento, tomaba el sacerdote un extremo del velo que cubria la cabeza de la novia y lo ataba á la manta del varon y así unidos los hacia penetrar en el aposento en que tenian un fogon; allí daba siete vueltas la desposada que le entregaba ropa al marido y él á la muger; en la comida se daban los bocados y quedaban los novios en el aposento, haciendo penitencia por cuatro dias, saliendo á lo muy necesario y los convidados á ver los bailes y festejos.

El amancebamiento era tolerado entre aquellos indígenas y muchas veces pedian en calidad de mancebas las jóvenes á los padres; pero si habia sucesion, era forzoso que se casaran ó separaran. Los Señores tenian concubinas, aun despues de casados. Las costumbres han variado algo, aunque no lo suficiente para que en ellas no se trasluzca el estado que guardaron en el paganismo.